

XLIV

Entremos en el serrallo y leamos en el alma de Mahmoud.

Aquel jóven príncipe, instruido por el cautiverio y el estudio, lleno de ardor, pero contenido por la modestia de su edad, estaba combatido por dos sentimientos contrarios. Inutilizado, humillado y aun amenazado algunas veces por la dura tutela de un soldado, mas fiel que cortesano, hubiérase visto con secreta satisfaccion libre por el amor de su pueblo de un visir que comenzaba á exasperarle. Generoso, leal y reconocido, no olvidaba que todo lo debía al visir; no podia abandonarle, avergonzándole la idea sola de venderle en un momento en que combatia ó moria por la independenciam de su trono.

Por otra parte la sombra de Selim III le señalaba el triunfo de los genizaros como el preludio de la esclavitud del serrallo, del cautiverio, destronamiento y muerte de los príncipes, de la anarquía de la capital, de la decadencia del imperio. Todos estos recuerdos, sentimientos, previsiones le irritaban con-

tra ellos, temiendo que su triunfo fuese la señal de su deposicion, encierro y muerte y de una segunda coronacion de su hermano Mustafá IV. Conocía además la crueldad y sanguinarios sentimientos de su hermano, que asesinó á Selim por precaucion y podia asesinarle por venganza. Su suerte flotaba en medio de una tempestad de pensamientos, esperanzas y terrores que se disputaban el alma de un niño. Es la hora en que la voz de las mujeres, madres, favoritas, eunucos, esclavos, consejeros funestos de deplorables resoluciones, preparan páginas nefastas á la historia de los pueblos y eternos remordimientos á los soberanos.

XLV

Reforzado el sultan en su recinto por los dos mil hombres de Cadí-Bajá y el cuerpo entero de los seymen, que Ramis envió para proteger el serrallo, é inspirándose en la esperiencia y energía de Cadí, formó su ejército al abrigo de sus murallas, preparándose bien á defenderlas, bien á abandonarlas se-

gun las eventualidades, progresos ó decadencia de la insurreccion.

Los seymen ocuparon las troneras de las murallas, desde las cuales podian barrer las inmediaciones de los jardines. Los pajes, tropa decidida y fiel, recibieron armas agrupándose como un ejército de jóvenes en torno del sultan. Los bostandjis, divididos en tantos cuerpos como puertas habia, se encargaron de defenderlas ó morir al lado de ellas. Cadí-Bajá y sus dos mil veteranos de la Caramania formaron en batalla dentro del patio de San Irene y delante, dando frente á la puerta principal del serrallo; los viveres y municiones llegaban continuamente por mar de Scutari y Calcedonia, y el imperio entero, refugiado en aquella península inespugnable, parecia, como en tiempo de los emperadores griegos, protegido por las olas de ambos mares.

XLVI

Los genizaros exasperados y los seymen detrás de las troneras cambiaron un fuego vivo y continuo desde el amanecer hasta el anochecer del dia 15 de

noviembre, cuyo tremendo eco repetian las colinas, cipreses y bahia de Constantinopla. Esceptuando el promontorio del serrallo, reinaba una tranquilidad siniestra y un silencio de ansiedad en las siete colinas de la segunda Roma. Desde las alturas de Scutari, Galata, Aiub, Tafana, desde las cúspides y minaretes de Santa Sofia veíanse bajo un sol límpido é inundado de sol, los pequeños fognazos de los seymen coronar las murallas de un feston de fuego. Las andanadas de los buques anclados debajo del palacio del aga de los genizaros hacian por momentos temblar al aire y estremecerse á las olas. Las llamas rastreras del incendio, circunscrito al palacio de Baraiktar, parecian morir con la sedicion.

XLVII

Satisfecho Ramis-Bajá con una represion que se debia toda entera á su energía y genio, y viendo síntomas de victoria en la disposicion del pueblo y genizaros, resolvió evitar una carnicería, aprovechando el espanto de la insurreccion para someterla.

Una sedicion vencida, cansada y sometida, ofrecia á Mahmoud un gobierno fuerte y omnipotente.

Tomó un barco, atravesó el puerto y penetró en el serrallo, donde habian mediado algunas proposiciones de paz entre los oficiales arrepentidos de los genizaros y los defensores del sultan. El momento era pues decisivo y suplicando á Mahmoud y á su consejo que le aprovecharan, propuso que se proclamase desde las murallas y minaretes una amnistia general para todos los individuos del pueblo y otros que entregasen las armas, esceptuando un solo hombre de aquel perdon politico y atribuyendo todo el crimen de la sedicion á una sola cabeza. Tratábase del débil aga de los genizaros, y con él venciase, reprobábase y castigaba al cuerpo entero. Este consejo salvaba á la vez, al sultan de la degradacion, á la capital de las llamas, al gobierno del yugo de aquella milicia, y así es que los combatientes interiores y exteriores lo aceptaran. El mismo sultan preferia este triunfo, que al paso que evitaba la efusion de sangre de los Osmanlis, le evitaba á él la cruel alternativa de sacrificarse con el imperio, ó de sacrificar á Mustafá para asegurar su reinado.

XLVIII

Mas el fogoso Cadí-Bajá, creyendo que la victoria seria mas absoluta teñida en la sangre de los sediciosos casi vencidos, se indignó contra tanta prudencia. Recordando la afrenta que se hizo á él y á su ejército en los momentos de la deposicion del desventurado Selim, cuando triunfantes los genizaros le obligaron á volverse vergonzosamente por el camino de sus valles del Asia-Menor, deseaba ver entónces su sangre ó su humillacion. Habia prometido además venganza á sus tropas y á la caballeria de Caraman-Ughli; propuso pues formar al instante en el interior un ejército de agresion compuesto de sus mas intrépidos regimientos, precedidos de algunos cañones y seguidos de caballeria ligera, y hacer una vigorosa expedicion á la ciudad para destruir los últimos núcleos de la sedicion, exterminar á los genizaros cortando de raiz para siempre con la sangre y terror del pueblo los gérmenes y hábito de las insurrecciones. Un lenguaje tan enérgico entusiasmó á todos, fanatizó

al ejército y arrastró al sultan. Cadí-Bajá recibió el mando de aquella expedición.

XLIX

El intrépido asiático formó en seguida una columna de cuatro mil hombres precedidos de cuatro piezas de cañon, mandó abrir las puertas y avanzó con sus tropas, al paso de carga, al ruido de los tambores y en medio de los aplausos de los guardias, esclavos y eunucos que invadieron el terrado que corona la puerta. El mismo Mahmoud, que queria salir con sus soldados, pero á quien detuvieron Ramis y sus servidores, subió la escalera de una torre de piedra, que hay inmediata á la puerta y por cuyas aspilleras se ven á lo léjos la plaza y la ciudad, y desde allí observó durante el combate con un anteojo de larga vista los progresos y reveses de sus soldados, dominado constantemente por la esperanza y el temor.

Cadí-Bajá atacó con sin igual arrojo á la vanguardia de la columna de los genizaros, que ocupaba la plaza y fusilaba las troneras, y arrollándolos, dis-

persándolos y persiguiéndolos, entra con ellos en su cuartel de la plaza de Santa Sofia, precipítalos por las ventanas, llega á la plaza del Hipódromo, cubierta como el suelo de Baalbeck ó de Palmira, de toda clase de ruinas de la edad media, y dispersó las masas que rodeaban el palacio del gran visir. Todavía devoraban las llamas las murallas y escaleras de madera de aquel palacio, y por eso no pudieron entrar sus tropas. Estableció una fuerte reserva en la plaza del Hipódromo, y dividiendo su pequeño ejército en tres columnas, dirígelas sobre Stamboul: una hácia el castillo de las Siete-Torres; la segunda hácia la mezquita del sultan Soliman, punto culminante del promontorio que domina á la vez el Propontide y el Cuerno de Oro; la tercera, en fin, mandada por él mismo, hácia el foco de la insurreccion, al palacio del aga de los genizaros. Mandó á las dos columnas de las cuales se separaba que barriesen las calles inmolando sin piedad á todos los que cogieran con las armas en la mano.

Obedecieron las columnas sin encontrar al principio obstáculos; pero confiando demasiado en la soledad de las calles, abandonáronse al pillage y muerte en el interior de las casas forzadas, debilitándose á medida que avanzaban, y dejando detrás de ellos la exasperacion y la venganza. Los gritos de las muje-

res, las lágrimas de los niños, la sangre de los ancianos, el espectáculo de las víctimas reunidas en los portales por los que no habian perecido, ó precipitadas desde las ventanas, devolvieron á los habitantes el valor por un exceso mismo de terror. Animándose unos á otros, reprochándose mutuamente su cobardía, reuniéronse detrás de las columnas, primero por grupos, despues por masas, llamaron á los genizaros mas aguerridos para mandarlos, y atacaron á las tropas de Cadi-Bajá á su vuelta, mientras que de todas las ventanas de las casas llovian sobre ellas, diezmándolas, piedras, leños encendidos, aceite hirviendo, etc. El fuego que unos habian encendido para devorar la ciudad, y otros para ahogar á sus enemigos se estendió pronto en un vasto incendio, y las tres columnas, muy disminuidas en su marcha, se replegaron con duras penas primero á la plaza del Hipódromo y luego á la que precede la puerta del serrallo. Protegidas allí por la embocadura de las calles estrechas y el fuego de las troneras que las cubria, resistieron denodadamente á la multitud de los insurrectos que la temeridad de Cadi-Bajá habia hecho refluir contra el palacio.

L

No temiendo los genizaros nuevas salidas de las tropas del sultan, marcharon en masa á su cuartel de Santa Sofia para reconquistarlo. Trescientos seymenes habian sido olvidados allí por Cadi-Bajá. Sitidos por miles de combatientes, aquellos trescientos hombres, sin esperanza de salvar la vida si se rendian, decidieron á lo ménos vender cara su muerte. Inútilmente dieron los genizaros veinte asaltos. Acribillados siempre al pié de las escaleras ó en los patios, prendieron fuego al edificio. Los seymenes no dejaron de batirse hasta la caída de las murallas, bajo las cuales perecieron hasta el último. El incendio de aquel inmenso palacio esparció sus llamas sobre todos los barrios vecinos, amenazando rodear el mismo serrallo con un océano de fuego.

Cadi-Bajá habia intentado en vano socorrer á sus seymenes. El fuego de las casas, las llamas del incendio, los cadáveres que obstruian las calles; le impidieron llegar hasta Santa Sofia. El comandante de los seymenes, Soliman-Aga, renegado prusiano,

que habia sido uno de los primeros instrumentos de los Nizams y á quien Baraiktar habia confiado el mando de aquel cuerpo , herido en la retirada , cayó del caballo , y cogido por el populacho fué hecho mil pedazos. Cadí-Bajá , á quien seguia todo un pueblo , tuvo que refugiarse con sus soldados desanimados dentro de los patios del serrallo. El incendio que ninguno pensaba apagar y que aumentaba el viento del Propóntide , cubrió bien pronto con sus llamas toda la parte de la ciudad que se estiende desde el Hipódromo y plaza de Santa Sofía hasta las puertas del palacio. Las mujeres, ancianos, niños, perecieron en medio de los escombros, pues los genízaros encarnizados en el combate , no pensaban mas que en matar.

LI

El sultan Mahmoud contemplaba desde lo alto de la torre del serrallo la huida de sus tropas y el incendio de su capital; convencido de su derrota y compadeciendo tantas víctimas, mandó á Cadí-Bajá que no contestasen las troneras á los cañones y fusiles de los

genízaros, arrojando por encima de las murallas un decreto imperial que ordenaba al aga de aquella milicia suspender la lucha y apagar el incendio. Afectando este conservar el mayor respeto hácia las órdenes de su soberano, mandó echar abajo algunas casas y concentró el fuego en los barrios estrechos y populosos que estaban medio devorados. El pueblo aprovechó la suspension de hostilidades y disminucion del incendio, para inundar con grandes masas la plaza del serrallo y las calles que rodean sus murallas, elevando al cielo maldiciones contra Baraiktar, Caraman-Oghli, Ramis, Cadí-Bajá, sus bostandjis, seymen, pajes y el mismo sultan. Amenazadoras voces gritaban : ¡ Viva Mustafá ! y hacian entrever á Mahmoud la suerte de Selim. Entre su inevitable pérdida ó el restablecimiento de su autoridad y de la paz en el imperio, no habia mas que una resolucion, la muerte instantánea de Mustafá. Servidores, consejeros y eunuocos de Mahmoud se precipitaron á sus piés para obtenerla. Dos dias resistió, pero al fin consintió. Fué la salvacion de un dia y el remordimiento y luto de toda su vida. Mustafá IV, condenado con una señal, cesó de vivir entre las manos de los mismos verdugos que habia enviado á Selim III.

Este príncipe, como todos los que son crueles, murió tan mal como habia reinado y Cadí-Bajá ven-

cido, desempeñó por su amo el triste y postrer servicio de presidir la ejecución.

He aquí el último crimen de aquel serrallo donde el fratricidio había sido por espacio de cinco siglos el escalon del imperio. ¡Gloria al tiempo que sepulta los crímenes de Estado!

LII

La multitud ignoraba aun la muerte de Mustafá, pero temiendo constantemente la vuelta anunciada de Baraiktar, precipitóse por todas las avenidas en su palacio, en cuanto cesó el incendio, y pudo pasar por los leños y tabiques abrasados. El populacho no quiso esperar que las cenizas estuvieran enteramente frias para precipitarse á recoger las barras de oro y plata fundidas en aquella hoguera de tres dias. Atravesando las diferentes habitaciones que tenia el palacio del gran visir, llegaron algunos por un corredor que habia en el espesor de una muralla de mampostería, al pié de una torre cuya entrada impedía una puerta de hierro todavía roja. La sed del botin les hizo echar abajo aquella puerta á fuerza de hachazos

y toda clase de golpes; cae al fin y se encuentran en un portal estrecho y circular que conducia á una escalera. Suben, pero tres veces tienen que detenerse delante de tres nuevas puertas de hierro, las mismas que destruyen para subir mas arriba.

La última puerta que echaron abajo ofreció á sus ojos un tesoro mil veces mas precioso para su cólera que el oro que tanto ambicionaban: el cadáver de Baraiktar. Estaba acostado entre el eunuco negro, y la jóven albanesa á quien había amado lo bastante entre todas sus mujeres para quererla salvar ó compartir con ella la muerte. Sacos llenos de oro, y cajas de pedrerías cubrian el pavimento de la torre al rededor de los tres cadáveres.

En cuanto conocieron al visir, á quien la muerte voluntaria ó la asfixia no había desfigurado, llamaron á voces al pueblo para que gozase de aquel espectáculo. El aga de los genizaros y los principales oficiales se apresuraron á contemplar el cuerpo inanimado de su enemigo, mandando que se llevase el cadáver en triunfo sobre los hombros del pueblo, para ostentarle como una bandera á la vista de los seymenes y bostandjis que estaban en lo alto de las troneras del serrallo, arrastrándole despues por los piés hasta la plaza de Etmeidan, donde estuvo expuesto tres dias á las miradas del pueblo delante de

su cuartel, como en espacion del ódio que aquel gran hombre les habia tenido.

LIII

Al ver el cadáver del gran visir, los defensores del serrallo, á quien habian sostenido hasta entónces con la esperanza de su próxima vuelta á la cabeza de un ejército libertador, perdieron todo valor. Los seymenes y los asiáticos de Cadi-Bajá gritaron al pueblo desde lo alto de las murallas, que habian sido engañados, que no combatirian ya mas contra los genizaros hermanos suyos y defensores de la misma religion, jurando vengar con la sangre de sus generales Ramis y Cadi-Bajá, la sangre osmanlis que les habian hecho derramar.

Mahmoud que, despues de la muerte de Mustafá IV, era sagrado para los mismos vencedores, no temiendo nada por lo tanto respecto de su persona, léjos de prolongar una lucha inútil, cedió á la suerte prometiéndose castigar algun dia á sus enemigos. Prestóse á favorecer el abrazo de los seymenes y soldados de la Caramania con los genizaros, y la recon-

ciliacion tuvo lugar en la plaza y en el primer patio del serrallo. Los genizaros satisfechos no pedian mas que algunas cabezas; pero el sultan se las ocultó, haciendo embarcar á Ramis-Bajá, Begdji-Effendi y los principales amigos de Baraiktar, en un barco que los esperaba en la punta del serrallo. Remadores fieles los alejaron al momento de la costa y desembarcándolos en Rodosto, en el Propóntide, marcharon á Rustschuk, donde los partidarios, siempre fieles de Baraiktar, los libertaron en los primeros tiempos de la venganza de los genizaros. Su marcha apaciguó la revolucion que habia ensangrentado é incendiado la capital durante cinco dias. Los genizaros quemaron al momento los magníficos cuarteles de las tropas regulares para borrar hasta ese vestigio de una odiosa innovacion, enviando la misma noche una diputacion al sultan para pedirle que perdonase su rebelion y ofrecerle su inviolable fidelidad. El muftí secretamente hostil á Baraiktar fué, á la cabeza de los ulemas, á felicitar al jóven príncipe por su derrota cual si fuese una victoria, en la cual veia el triunfo de la monarquía, de la religion y de las antiguas leyes. Todo volvió al orden antiguo y abandonó al partido vencido.

LIV

Poco tiempo despues Ramis-Bajá, que habia nacido en Crimea, fué á pedir un asilo á su patria, sometida ya á los rusos. Cadi-Bajá, despues de haber errado algunos dias en la Caramania, para reclutar nuevos enemigos á los genizaros, fué conocido en Kutaiah bajo el traje de un dervis. Su cabeza cortada y llevada á Constantinopla, estuvo espuesta durante un mes encima de las almenas de la puerta del serrallo, que habia defendido tan heróicamente. El nombre de Baraiktar, sepultado largo tiempo en el silencio del miedo, quedó sellado con el disimulo de los sentimientos que inspiraba: odioso á los genizaros y ulemas, guardianes y poseores interesados de los abusos del imperio, sagrado á los amigos del sabio Selim, á la vez llorado y temido por Mahmoud, que le debia demasiada gratitud para lo que un soberano puede deber á un esclavo. Algunos años despues, juzgósele mejor, admirósele y compadeciósele mas. Siempre será uno de los grandes nombres de los aventureros dramas que componen la historia de

Oriente, que tanto se parece á un poema; un héroe de audacia y fidelidad, un Antar europeo á quien no falta como al Antar árabe, mas que una lira para cantar su propio heroismo y su sacrificio á su ingrato amo.

Hijo de un pastor de los valles que separan la Bulgaria y la Albania, pastor tambien primero, pica-dor despues de los caballos que destinaba á los bajás vecinos, respirando la guerra por la guerra, nombrado jefe por su intrepidez é instinto en los combates, distinguido por los generales de Selim III, elevado por este príncipe á la posicion de bajá, honrando él mismo los reveses de los ejércitos otomanos con victoriosas incursiones en el territorio enemigo y con la defensa de la provincia mas espuesta, que se habia confiado á su sable; organizándose sin sueldo un ejército personal, mantenido y disciplinado por el sentimiento de la superioridad y el amor de su jefe; orgulloso y tierno como el leon de Selim, nombre que se daba gustoso; prodigando su desprecio á los genizaros degenerados, soldados de parada cuando el imperio estaba tranquilo, de sedicion cuando estaba agitado; viendo en lontananza caer al amo á quien adoraba bajo la turbulencia de aquellos pretorianos, afectando la mayor indiferencia para ocultar mejor la piedad y mejor preparar la ven-

ganza, tocando el término de su conjuración y recibiendo un cadáver que vengar en vez de un soberano que restablecer en el trono, llorando como una mujer y sintiendo su heroísmo y disimulo perdidos; destinado en fin á consumir una revolucion por la imposibilidad de ceder á una rebelion, coronando con indiferencia á un niño á quien su victoria elevaba al supremo poder, ejerciéndole vigorosa pero duramente, estraviado en una capital corrompida entre las intrigas de un serrallo á quien ofende y los resentimientos de una milicia á quien amenaza, perdiendo toda esperanza de salvar el imperio, pero fiándose en su sable, refugiándose en el amor, durmiéndose en la voluptuosidad y despertado por las edicion, las llamas y la muerte, he aquí Baraiktar.

Los bulgaros, albaneses y pastores de las orillas del Danubio cantan todavía las leyendas salvajes y tiernas de su vida y suplicio, como las de Scanderbeg y de Czerni-Jorge; los turcos le olvidan; gran hombre, pero mal ministro, nacido mas bien para la guerra que para el gobierno, el visir perjudica al héroe.

LV

Los oradores de los cafés de Stamboul citan algunos rasgos de arrojada justicia que recuerda las aventuras de los califas.

La jóven viuda de un rico comerciante turco vivia en la ciudad de Galata, encima de la tienda de un jóven cristiano, nacido en una de las montañas de Albania á quien todos admiraban por su maravillosa hermosura. Vendía esas telas de Caramania, alfombras, joyas y perfumes de Oriente, con los cuales sueñan las odaliscas del serrallo, en los países de reclusion de las mujeres, como el único consuelo de su esclavitud.

Apénas adolescente, ociosa, rica, sin familia en Constantinopla, sin mas gasto que una ó dos esclavas, antiguas guardianas en otro tiempo, y ahora complacientes servidoras, la jóven viuda, nacida en una isla del Archipiélago, pasaba sus dias detrás de una de las rejas de los balcones, desde donde podia ver de vez en cuando al hermoso tendero, cuando entraba en su almacén ó tomaba el fresco en la calle